



La hora Benet Casablanca

Los últimos años han marcado el reconocimiento internacional del creador catalán, tal vez el valor más sólido entre los compositores peninsulares. Sus partituras juegan en la Champions. Ahora falta que su música sea también conocida y reconocida aquí. Ha llegado su hora

XAVIER ANTICH

Cuando conocí a Benet Casablanca, en los años noventa, enseguida me fascinó un detalle de su personalidad. Por supuesto, pronto ya aparecía su lucidez habitual cada vez que hablaba de música, descubriendo la grandeza inagotable en el matiz de una frase melódica o en el carácter fulgurante del detalle formal de alguna composición. También sorprendía, evidentemente, la inmensidad de sus referencias culturales, que le permitían verbalizar su entusiasmo por Rembrandt o Klee, recordar pasajes de Shakespeare o Goethe y discutir, con gran precisión, detalles filosóficos de Hegel o Adorno. Y, claro, también estaba su voluntad pedagógica de comunicar, de poner en palabras los secretos más escondidos de cualquier partitura, de forma que, como ya es un tópico, una conferencia de Casablanca dura siempre el doble de lo que se ha anunciado. Pero no fue ninguno de estos aspectos lo que, para mí, desde el comienzo, constituyó casi la esencia del *enigma Casablanca*.

El detalle podía pasar casi inadvertido. Sin embargo, en medio de una conversación de sobremesa o durante un paseo por la calle, rodeados de coches, o en el vestíbulo de un museo, en un rato de espera, de repente, inesperadamente, se ponía a tararear el fragmento de una frase musical. No es que a partir de entonces se quedara ensimismado: al contrario, casi sin interrupción, entraba de nuevo en la conversación como si nada; aunque, sin que nadie se diera casi cuenta de ello, obedeciendo a una lógica desconocida para los otros, cada dos por tres volvía a su murmullo. Intuitivamente, ya entonces advertí que, para él, la música era como la respiración: no sólo necesaria para la vida, sino expresión de la vida misma.

Pero tardé unos años en entender lo que pasaba. Me ayudó a ello un texto de Glenn Gould: el discurso de 1974 en la Universidad de Toronto. Gould explica que un día, practicando una fuga al piano, se puso en marcha, muy cerca, y con gran estrépito, una aspiradora. En los pasajes suaves el pianista no podía escuchar ninguno de los sonidos que producía, pero lo más ex-

traño, decía, era que todo, de repente, sonó mucho mejor de lo que habría sonado sin la interferencia de aquel ruido. Y decía que las partes que no podía escuchar eran, precisamente, las que mejor sonaban. A partir de entonces, Gould provocaba a menudo el efecto aspiradora, poniendo ruidos lo más cerca posible del instrumento: “Lo que pude aprender de esa unión accidental entre Mozart y la aspiradora fue que el oído interno de la imaginación es un estimulante mucho más poderoso que cualquier grado de observación externa”. Este oído interno de la imaginación del que habla Gould es el que marca el pulso vital de Casablanca.

Y es curioso. Porque pocos músicos, como él, tienen un universo cultural de referencias tan vasto, complejo y sutil. Y bien pocos compositores han estado tan comprometidos con su mundo, a través, como es el caso, de la enseñanza y la pedagogía. Y todo ello, sin duda, ha enriquecido su mundo musical, porque, como señaló Jonathan Harvey, “la inspiración de un compositor tiene mucho que ver con su experiencia de la vida y su relación con el mundo exterior”. Todo eso, sin embargo, no ha sido obstáculo, sino al contrario, para que Casablanca reelabore musicalmente todo ese mundo, como en una especie de memoria interna. Algo parecido a lo que Cortázar cuenta de Johnny, el protagonista de *El perseguidor*, cuando se queda estupefacto haciendo el trayecto en metro entre las estaciones de Saint Michel y Saint Germain-des-Près: durante los cuatro minutos que dura el viaje, su memoria recuerda experiencias y conversaciones, con todo tipo de detalles, que no duran menos de media hora. La riqueza del tiempo interior que abre un agujero en el tiempo cronológico. La vida de la subjetividad que se instala en medio de la vida para enriquecerla con lo que la cocina interna es capaz de producir.

Ahora que la proyección de la música de Benet Casablanca en los circuitos internacionales más exigentes se ha convertido en teórica e imparable, me complace recordarlo en este gesto suyo casi inadvertido y sin embargo cargado de elocuencia. |